



# NOTAS de Viaje

## EL FUTURO ya no es un puerto seguro

Sumidos en los acontecimientos y en las circunstancias, y encerrados en el horizonte cotidiano, nos vamos acostumbrando (a pesar de la información que puede llegarnos de fuera) a "ver" las cosas que nos rodean sin puntos de comparación, sin perspectiva, y a considerar normal lo anormal, o a creer que vamos por el camino recto por el solo hecho de que ya nos acostumbramos a caminar torcidos. Incluso algo tan espeluznante y anti-humano como el crimen, al multiplicarse en una sociedad, parece adormecer el instinto de defensa y de conservación de la vida, y, paradójicamente, su mismo aumento lo convierte en costumbre. Nosotros aquí ya no nos damos cuenta —con el pavoroso avance de la delincuencia homicida— hasta qué punto hemos descendido; o bien creemos que este es un proceso de corrupción mundial y que en todas partes sucede lo mismo. Pero es un autoengaño. Nicaragua es un fenómeno alarmante y —con la colaboración de las autoridades que matan a diestro y siniestro— estamos a la cabeza en lista de la delincuencia mundial.

Lo mismo o peor sucede con la destrucción de la naturaleza. Si la vida humana —en proceso contrario a la inflación— cada día vale menos, ¿qué puede valer un árbol o un animal? Leí esta semana, en el "Correo Económico de INDESA" un angustiado S.O.S. sobre nuestra flora y fauna nacionales. Decía:

*"Al regresar de estas cortas vacaciones de las Fiestas Patrias, muchos vienen asombrados de los grandes cambios que se encontraron de un año para otro. Pero cambios adversos. Donde había árboles, hoy no hay nada. Lo que era fresco se volvió caliente. De animales, ni hablar. Lluvias de cuando en cuando. Sequías más frecuentes y rigurosas. El contraste se acentúa cuando viajan, por no ir tan lejos, a la vecina Costa Rica. No sólo por sus atractivos y facilidades turísticas, sino que por una mayor responsabilidad ciudadana en estos asuntos".*

Fue un viaje corto y cercano el que permitió a esos nicaragüenses la perspectiva necesaria para "ver" lo anormal de nuestra normalidad. El que nota nuestro envejecimiento no es el que nos ve a diario sino el que no nos había visto. Para mirarnos con ojos propios el mejor ejercicio es mirarnos con ojos extraños.

Uno oye, por ejemplo, que el mundo se está haciendo invisible por el aumento explosivo de la población y de la locomoción, por la contaminación del ambiente y por la destrucción de la naturaleza. Lo oye, pero como morador de un país que se siente joven, apunta la amenaza como cosa futura o como peligro para otros países industrializados y no para el nuestro.

Yo viví en México hace veinte y tantos años y todavía habité en "la región más transparente" de la Tierra. Ahora una nube oscura hace invisible la ciudad desde el avión y con frecuencia se da el caso de peatones que sufren desmayos, envenenados por el aire engasolinado que se espesa como un río turbio en las calles principales. He estado varias veces en Roma y la majestuosa serenidad de la urbe que conocí la primera vez, ha sido irrespetada —como los gusanos pueden devorar el cadáver de un emperador— por los infinitos pequeños automóviles, motos, buses y camiones que la recorren en un irreverente hervidero de cláxones, escapes, embotellamientos y ruidos.

Pero donde más sufrí la destrucción de la imagen de la "ciudad vivible" fue en Madrid. Siempre consideré el estilo de vida de Madrid como la más feliz unión de gran ciudad y de pequeño pueblo. En Madrid se daba y aún se da, dentro de un señorío de ciudad mayor, la vivencia de vecindario, el paseo, el encuentro, la tertulia, el saludo en la calle, la confianza ambiental que permite al desconocido ser tratado como conocido. En fin, el estilo inconfundible de una ciudad que hasta hoy se ha resistido a ser —como toda urbe moderna— una sociedad anónima. Pero esa Madrid —que en viajes anteriores yo la vi pasar por la difícil crisis de crecimiento que ha borrado el carácter a tanta urbe moderna— ya no es la misma de ayer. Comienza a perder su ritmo como una hermosa mujer que engorda. Y con la línea y el ritmo su carácter comienza a transformarse. Ya la polución sube el nivel de su río envenenado sobre las mesas y las sillas de la Gran Vía y de la Calle de Alcalá donde antes podía uno pasar la tarde o la noche entera en aquel aire ¡tan delgado y fino! (el aire que captó Velásquez), el aire que, según el refrán, "es tan sutil que mata a un hombre y no apaga una vela". Madrid está perdiendo su donaire. Y su pasear de gente —aquel desfile de lindas mujeres que fueron el almáximo del piropo— (otras saben llevar los trajes, de españolas saben llevar sus cuerpos, decía Luis Rosales), ahora es desfile de multitudes y el bosque no deja ver los árboles. Y aquella familiar sinfonía de los ruidos y voces de Madrid —la madre que grita al niño, el ciego de la Lotería, el trozo de diálogo peripatético, la frase de la tertulia cogida al vuelo, los comentarios de la bandada de muchachas— ¡Las voces de Madrid

apagándose en la polución acústica de los motores! y me decía un madrileño: Estamos perdiendo hasta el humor (lo decía por la cara avinagrada de un mesero ¡en Madrid! donde se daba el mejor servicio del mundo). Y yo recordé las experiencias de Calhoun. Obligaba a una gran cantidad de ratas a vivir hacinadas y se producían fenómenos de agresividad, de homosexualismo y de degeneración orgánica. La aglomeración, la reducción de la superficie de soledad que necesita el hombre ¿a dónde lleva al mundo? ¿Seremos nosotros, (los de nuestra generación), nacidos en un mundo más ancho, los condenados a la angustia, o es que todo hombre, al pasar ciertos umbrales críticos que le impiden la intimidad, sufre inevitablemente tensiones que lo enferman, lo vuelven neurótico, agresivo y sujeto de degeneraciones como las ratas?

Cuando vemos que el progreso, o el simple avance del tiempo, lleva a esos monstruosos problemas —callejones sin salida de la humanidad actual— comprendemos por qué, en esta segunda mitad del siglo XX, ha cambiado radicalmente en el hombre su idea o concepto del futuro. Nuestros abuelos, nuestros padres y nosotros mismos en nuestra juventud creímos en el "progreso" —el progreso indefinido, nos decían los darwinistas— con una visión lineal del proceso histórico avanzando siempre hacia la perfección, mejorando cada día sobre el anterior. Los antiguos habían creído que la Edad de Oro estaba en el pasado. Nuestros padres nos enseñaron a trasladarla al futuro. Rubén y Whitman colocaron con sus cantos el paraíso en el futuro. Pero "en los últimos años, dice Octavio Paz, ha habido un cambio brusco: los hombres empiezan a ver con terror el porvenir y las que apenas ayer parecían maravillas del progreso hoy son sus desastres. El futuro ya no es el depositario de la perfección sino del horror. Demógrafos, ecologistas, sociólogos, físicos y geneticistas denuncian la marcha hacia la perdición. Unos prevén el agotamiento de los recursos naturales, otros la contaminación del globo terrestre, otros la asfixiante superpoblación, otros la llamarada atómica".

Y el viajero nicaragüense, al constatar en ciudades queridas y admiradas, los primeros síntomas de ese cambio hacia lo peor, vuelve (engañado) sus ojos a la patria chica y (erradamente) piensa: "Pero nosotros todavía somos una reserva".

El recuerdo de la infancia o de la juventud vivida en un país todavía intocado, se sobrepone sobre la realidad última y nos oculta, en la nostalgia, nuestra verdadera situación. Así como ha cambiado Madrid, así ha cambiado Mombacho cuyas montañas eran hace treinta años una arca de Noé — donde el caminante veía tigres, monos, pisotes, pumas, mapachines, perdices, pavos, guatusas, linceas, tigrillos, etcétera y hoy —en un silencio mortal— no ve ni pájaros. Y lo mismo pasa con los pinares del Norte. Lo mismo con las fecundas tierras aguacateras de Chinandega que se van, año con año, por los aires, arrastradas por las tolvaneras, preludiando la formación de un desierto.

En Europa, es verdad, se palpan los efectos destructivos o congestionantes del aumento de población, del crecimiento de las ciudades, de la polución, del ruido, de la infección industrial; pero también se advierte, por todos lados, la lucha activa en defensa del hombre, de la cultura y de la naturaleza. La labor q' ha desarrollado —por ejemplo— España, reedificando, conservando (y adaptando para hoteles, paradores, escuelas o centros de enseñanza o de vacación) sus imponentes castillos medievales, es prodigiosa. De la misma manera se defiende la fisonomía histórica de las ciudades (¡Hay que ver Avila, intacta como una joya entre sus murallas a pesar de su enorme crecimiento extramuros!). En todos los caminos de España, Francia o Italia el viajero descubre grandes parcelas de tierras, a veces verdaderos bosques, destinados a la siembra de árboles para la reforestación de los suelos. (Al atravesar Castilla, por ejemplo, el viajero se sorprende de ver, con respecto a visiones anteriores, que en vez de avanzar el desierto, los que han avanzado son los árboles). Se lucha en las ciudades para reducir el tráfico y la polución. Se multiplican los parques y las zonas verdes. Se reservan grandes zonas rurales para parques nacionales donde se conserve la flora y la fauna. Europa sufre el daño del mundo industrial y del crecimiento arrollador de su población, pero su organismo tiene vivas y activas sus defensas. En cambio nosotros nos deslizamos cada vez más rápidos en la pendiente, y no sólo no desarrollamos defensas, sino que parecemos inconscientes de la destrucción que en todos los órdenes nos socava. Se nos eorsiona la moral y la naturaleza, la tierra y la honradez, pero nos dejamos ir al futuro en alas de un mito que ya no existe —creemos todavía que con sólo avanzar en el tiempo vamos fatalmente a mejorar,— creemos que mañana, por el solo hecho de ser mañana, será mejor que hoy, cuando el mundo entero nos advierte que si no se lucha, a brazo partido, el futuro no trae salvación sino horror, agravamiento y multiplicación de problemas; apocalipsis y no paraíso.

PABLO ANTONIO CUADRA